



EL PEDO

QUE APAGÓ LAS ESTRELLAS

por Ángela Ruano

– 🎵 Rufino, cara de pepino, es un chico muy fino 🎵
– le cantaba Alberto, el listillo de la clase, coreado por sus amigos.

– Un día te vas a enterar de lo que es bueno
– contestó Rufino.

– ¡¡Qué miedo me das, palurdo!! ¡Vuelve a tu pueblo con tus ovejas! ¡Aquí no pintas nada!

– Tanto que te gusta estudiar las estrellas, un día las voy a apagar y no verás ni una. ¡Vaya si lo haré!

– ¡¡Ja, ja, me parto!! ¡¿Tú?! ¡Tú... tururú!

– Sí, sí, ríete. Cuando lo haga, no te reirás tanto, gracioso.

Rufino, efectivamente, venía de un pequeño pueblo de la serranía de Ronda. El cura del lugar les había dicho a sus padres que sería una pena no meterle en un buen colegio, porque era inteligente

y prometía. Así que estos vendieron parte del rebaño para mandarlo interno.

El colegio era de niños de papá, como suele llamarse a los que tienen dinero. Sus compañeros se reían de él: de cómo iba vestido y de cómo hablaba con su acento andaluz cerrado. Eso a Rufino le importaba un pito. Solamente quería estudiar y aprender cuanto pudiera.

Desde el mismo día que entró en el colegio, Alberto le hizo la vida imposible. Se metía con él en cuanto tenía ocasión. Su padre era un famoso médico y poseía un título de marqués o conde o algo parecido, y él presumía más que un pavo real. Pero de educación, andaba pez. Era un niño consentido y con no muy buenas intenciones. Se pasaba el día haciendo bromas de mal gusto. Luego ponía carita de bueno y santas pascuas. De alguna manera, siempre era otro el que se la cargaba, en parte por su pericia y en parte porque el padre era socio fundador del colegio y además les daba subvenciones, para el laboratorio o para lo que fuera. Así que era el niño mimado del colegio.

Alberto siempre decía que él iba a ser un gran astrónomo y presumía de tener un telescopio fenomenal. El muy vanidoso contaba a todos que

algún día descubriría una nueva estrella a la cual pondría su nombre. Pero de momento se entretenía «de otras maneras»: cuando salían al recreo martirizaba de tal forma al pobre Rufino que este estuvo a punto de escribir a sus padres para que le sacaran del colegio. Pero se lo pensó mejor y empezó a dar la cara. Ese memo no se iba a reír ni de él ni de nadie.

Un día que Rufino estaba abriendo la taquilla para coger el libro de Ciencias Naturales, Alberto llegó por detrás y le dio un empujón tal que le metió dentro. Y Luego cerró la puerta. El pobre niño daba porrazos y más porrazos. Hasta que pasó la profesora Margarita por el pasillo en donde estaban las taquillas. Al oír los golpes, preguntó:

— ¿Hay alguien dentro?

— ¡¡Sí, soy Rufino!! ¡Por favor, sáqueme de aquí!
 ¡¡Tengo claustrofobia!! ¡¡Me va a dar algo!! ¡¡¡Por favor, por favor!!!

Margarita fue corriendo a Dirección a por la llave maestra y le abrió.

— Pero ¿cómo te has podido meter en la taquilla, chiquillo?

— No lo sé... — Él prefirió no acusar a Alberto, porque pensó que no le iban a creer. Así que optó por quedar como un lelo y comerse su orgullo. «Este se va a enterar de lo que somos capaces de hacer los rondeños», se dijo.

Un día, en el patio, durante el recreo, Rufino se dispuso a abrir un paquete de chicles. Sabía que, en cuanto hiciera ademán de meterse uno en la boca, llegaría Alberto y se lo quitaría. Así fue.

— Dame eso, gañán.

— ¡Te vas a arrepentir! Te lo advierto.

— No me digas.

Alberto abrió el paquete de chicles y los repartió entre sus amigos. Los chicles eran de broma, de esos picantes. Empezaron a ponerse rojos y a sudar. Ese sabor era horrible. Se les estaban hinchando los labios y la lengua, tanto que se fueron directamente a la fuente a beber agua para calmar ese picor tan desagradable y tan fuerte. Les duró un día entero el malestar. No podían comer, todo les sabía a picante.

Alberto, cuando se repuso, fue directamente hacia Rufino con las manos cerradas para darle un buen puñetazo.

— ¡Te lo advertí!

Se fue a por él, como una flecha, pero Rufino lo esquivó. Volvió a la carga, con tanto impulso que, cuando lo esquivó de nuevo, dio con su cuerpo en el suelo. Las risas fueron sonoras por parte de todos los niños de alrededor.

Ese incidente colmó el vaso. Magullado y lleno de rabia, Alberto se levantó y se fue a su cuarto. Tenía que idear algo fuerte para que echaran al palurdo, no le aguantaba más.

Durante una temporada lo ignoró, como si no existiera. Rufino daba gracias por ello. Al fin podía estar tranquilo. Lo que no sabía el pobre era lo que le esperaba.

Un buen día, los niños se despertaron sobresaltados. Algo pasaba en el patio del colegio: eran unas voces extrañas, más que voces eran balidos. Se asomaron a las ventanas. El patio estaba lleno de ovejas que balaban todas a la vez. Se comían la hierba, los arbustos y las flores del jardín.

— ¡¡¿Pero esto qué es?!! — chillaba la directora.

—Seguramente, Rufino las echaba de menos y ha mandado traerlas de su pueblo —comentó Alberto como si tal cosa.

—¡Que venga inmediatamente a mi despacho! Se va a enterar ese rufián.

Alberto sonreía malévolamente. Al fin se iba a deshacer de él. Rufino, que en ese momento no tenía clase, fue llamado a Dirección. Al poco, entró tímidamente en el despacho, preguntándose por qué tenía que ir. Que él supiera, no había hecho nada. Por el camino se alegró de ver a tantas ovejas, eso sí, pero nada más.

—¿Quieres explicarme lo que significa traer este rebaño al colegio?

—No sé... bueno —Rufino no sabía qué decir.

—Eres un alumno como hay pocos, pero creo que estás en el lugar equivocado. Por este incidente, te mereces la expulsión. Hablaré primero con tus padres. ¿No tienes nada que decir?

—Es que... —A Rufino seguían sin salirle las palabras. Encima, parecía tan culpable...

—Vete a tu cuarto hasta nueva orden. Y no se te ocurra salir de él.

—¡No es justo! ¡¡Averigüe primero quién ha sido!! —se defendió por fin. Pero ya no le creían.

—¡Cállate! Descarado.

Llamaron a sus padres, pero por una casualidad del destino, estaban de viaje. Así que permitieron que Rufino siguiera acudiendo a clase. Pero la mayoría de los niños no se acercaban a él. Todos creían en su culpabilidad. Era el único chico que venía de un pueblo tan pequeño y remoto. Y, por tanto, le relacionaban con las ovejas.

Rufino pasaba solo los recreos, sentado en un banco, observando a los demás niños. En uno de esos días, Alberto se puso muy cerca del banco, con la intención de que se enterara de lo que iban a hacer esa noche él y sus amigos:

Los fines de semana, algunos niños podían salir del colegio y pasar los dos días con sus familias. Alberto era uno de ellos, y se llevaba siempre algunos amigos a su casa.

— Esta noche, en mi casa, después de cenar opíparamente, subiremos a la terraza y veremos la luna y las estrellas. Hace una noche preciosa. Llevaremos bebidas y galletas —les decía mirando de soslayo a Rufino.

Rufino estaba muy enfadado por las cosas que le habían ocurrido por culpa del chulito de Alberto. Pensaba en qué podía hacer para fastidiarle.

Se le ocurrió que si se tiraba un pedo que fuera grande, grande, podría apagar las estrellas y charles la diversión.

Aquella noche se concentró en su cuarto, y con la ayuda de un conjuro que le había enseñado una de las brujas de la sierra, asomó el culo por la ventana y se tiró el pedo más grande y más maloliente que nadie pudiera imaginar. Según iba subiendo el gas, se secaba todo por donde pasaba. Las estrellas y la luna desaparecieron.

Cuando Alberto sacó su gran telescopio a la terraza y se dispuso a ver las estrellas con sus amigos, se dieron cuenta de que no había ninguna. El cielo estaba raso, sí. Pero las estrellas y la luna habían desaparecido.

De repente, llegó hasta ellos una nube fétida, terriblemente apestosa. No lo podían aguantar y cayeron desmayados en el suelo de la terraza.

El lunes, cuando llegaron al colegio les preguntó Rufino, con una gran sonrisa:

—¿Qué tal, visteis las estrellas? Ja, ja, ja. Te lo dije.

—¿Tú has hecho que se apaguen las estrellas?

- Sí. ¿Qué pasa?
—Eso es imposible. No te chulees.
—¿Y os gustó el aroma que subía hasta el cielo?

Todos se quedaron perplejos. No sabían qué pensar. ¿Habría sido Rufino capaz de hacer una cosa así? Empezaron a mirarle con admiración. Eso era una gran hazaña. Alberto se mordía las uñas de rabia. Rufino le había destronado.

La expulsión del colegio de Rufino aún seguía pendiente. Alberto estaba que echaba chispas. Reunió a sus amigos y les dijo:

—A ver, chicos, tenemos que pensar cómo hacemos para darle una buena lección al paurdo.

- ¿No crees que te estás pasando? —dijo Jaime.
—Tú, no te metas, ¿vale?

Jaime bajó la mirada, y no dijo nada más.

Una noche Rufino oyó un ruido, se levantó de la cama y abrió la puerta con mucho sigilo. Se quedó pasmado al ver a Alberto caminando por el pasillo. Creyó que era sonámbulo y le siguió. Alberto, por las noches, salía de su habitación descalzo, para que no se oyeran las pisadas.